

# EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

DIARIO CATÓLICO, APOSTÓLICO, ROMANO.

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Madrid: 12 rs. al mes.—En Provincias: 20 rs. al mes y 60 por trimestre en casa de los comisionados, y 15 rs. al mes y 54 trimestre en la administración.—En el Extranjero: 70 rs. trimestre.—En Ultramar: 90 rs. trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Madrid: En la administración, calle de Pelayo, números 38 y 40, cuarto principal de la derecha.—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.—Paris: Agencia franco española de D. C. A. Saavedra, 55, Rue Talbott.—Manila: D. Francisco Zudaire, Presbítero y D. Quintín Zavidela.

## OFRENDAS A SU SANTIDAD.

ALUSTANTE. Alejandro Martínez, 40 rs.—Francisco Galán, 12 rs.—Teresa Pérez, 8 rs.—Gregoria Pérez, 2 rs.—María Cruz Pérez, 2 rs.—Teresa Sánchez, viuda, 50 céntos.—Micaela Sánchez, 50 céntos.—María Batanero, 4 rs.—Santiago Giménez, 4 rs.—Gabriel Sánchez, 4 rs.—Martina Martínez, 4 rs.—Vicente Sánchez, 2 rs.—Francisca Sánchez, 2 rs.—497 rs.

CARRION DE LOS CONDES. Un bienhechor, 497 rs.

DOS HERMANAS. Regina sine labe originali concepta, ora pro nobis.—Madre mía, el triunfo de la Iglesia es seguro, pero abreviada el tiempo de la tribulación.—M. G., 40 rs.

FREGENAL. Regina sine labe originali concepta, ora pro nobis.—Virgen Madre concebida sin pecado! Desde el hermoso Trono formado de querubines en que los Espíritus Angélicos te cantan sin cesar Santa y Pura, dirige tus maternales ojos hacia el Santo Pontífice Pío, que con la declaración dogmática de tu pureza virginal ha proporcionado tantos días de gloria y alegría al universo cristiano. Haz, piadosa María y patrona nuestra, que los efectos de tus gracias y virtudes ablanden los corazones de tus encarnizados enemigos, y que verdaderamente arrepentidos de sus maquiavélicos proyectos, vuelvan la paz a la Esposa Santa del Cordero, y ellos entren sumisos en el redil del divino pastor de las almas.—Las religiosas agustinas del convento de Nuestra Señora de la Paz, 35 reales.

LINARES. Auxilium Christianorum, ora pro nobis.—Una devota, 10 rs.

Mater admirabilis, ora pro nobis.—Un hijo del Serafín de Asís, 16 rs.—Juan Carreras, 20 rs.

NOVARES DE ENMEDIO. Santa María, ora pro nobis.—Virgen Purísima, hazme partícipe de las aflicciones y persecuciones de Nuestro Santo Padre Pío IX hasta la muerte.—Pablo de Cáceres Carrasco, 4 rs.—Padre Santo, pedimos por nuestro consuelo.—Antonio Juan y Teresa, 6 rs.—Antonio Alonso, 10 rs.—Cláudio Alonso, 10 rs.

ORDUNA. Un católico, 40 rs.

OGAÑA. Varios devotos, 154 rs.

SALVINO. Un católico, 2 rs.

SAN ROMAN DE CAMEROS. Cándido Jiménez, 6 rs.

SEVILLA. Mater Christi, ora pro nobis.—Ipsi peribunt, tu autem permanebis.—Varios Presbíteros, 190 rs.

VILLATORO. Consolatrix afflictorum, ora pro Pontífice Pío IX.—El Párroco de Villatoro y sus ayojos, Agustín Terrón, 19 rs.—El Coadjutor Fernando Bajo de Mengibar, 40 rs.—El Coadjutor Pedro Nieto, 10 rs.—Varios feligreses de dicho Villatoro y sus ayojos Amavida y Pradosegá, 47 rs.

## PARTE EXTRANJERA.

En la nueva Babilonia, en el emporio de la civilización moderna, en la gran ciudad de París se prepara a toda prisa la inauguración de un templo colosal erigido en pocos meses para dar culto a los adelantos materiales del siglo. No sabemos si por voluntad ó contra la voluntad de los autores de esta gran fábrica, todo en ella es característico. Así como basta contemplar un templo gótico para sentir que allí se adora a Dios en espíritu y verdad, del mismo modo es suficiente pasar la vista por el palacio de la Exposición de París, para conocer desde luego que está consagrado a la materia. En efecto, solo la materia puede estar bien representada en esos voluptuosos jardines de que el nuevo edificio se ve interior y exteriormente adornado; sola a la materia, transitoria de suyo, pueden representar dignamente los deleznables materiales de que ha sido construido. Allí, pues, dentro de algunos meses quedarán sumidos en éxtasis profundo los nuevos devotos de la moderna deidad, y de seguro habrá entre los concurrentes personas que habiendo permanecido fríos ante la catedral de Toledo ó de Sevilla, por ejemplo, no se avergüenzan de pasar las horas muertas adorando como quien dice, una máquina para sacar pollos.

Un poco entendemos de los orígenes de las cosas, ó las Exposiciones universales tienen el suyo en la Torre de Babel. Allí los hombres, confiando en sus propias fuerzas y desconociendo por consiguiente de la Providencia Divina, quisieron dar pruebas de ilustración, construyendo un edificio para desafiar desde él un nuevo diluvio, ó lo que es lo mismo, la cólera de Dios. Aquello fué una exposición universal del orgullo humano, que en el fondo nada se diferencia de las modernas. Los hombres de ahora no levantan fortalezas donde guarecerse del brazo de Dios, pero se erigen en dioses y elevan templos donde exponen a la pública veneración la hechura de sus manos.

Pero así como el Señor hizo conocer a los constructores de la Torre de Babel la impotencia del hombre con la confusión de lenguas, del mismo modo la Bondad infinita permite que hoy, en vísperas de inaugurarse la Exposición universal, se confunda nuestra soberbia con expectativas de miseria y refinada malicia, ante los

cuales tenemos que bajar nuestra altiva frente avergonzados.

Nuestros lectores habrán comprendido que nos referimos al horrible drama, al hecho inaudito y desconocido hasta ahora en los anales del crimen, que ocurrió hace poco en la isla de Levante y que acaba de fallarse en un tribunal de Francia.

La estadística y los periódicos, dice el *Monde*, vienen de cuando en cuando a proyectar siniestros resplandores sobre el estado moral que se oculta bajo los brillantes atavíos de la civilización contemporánea. No debemos notar solamente el número de delitos cada día creciente sino la naturaleza de ellos. Una policía más activa, tribunales más severos, simples diferencias de clasificación en la ley penal introducen elementos de confusión en la estadística; pero la naturaleza de los crímenes es un hecho brutal que por todo el mundo puede ser apreciado. Para llevar a cabo ciertos hechos se necesita un grado de perversidad que no todas las civilizaciones pueden igualmente producir.

El sangriento drama, cuyo desenlace acaba de verificarse en el tribunal del Var, es uno de esos hechos característicos que pintan el estado moral de cierta clase de la sociedad. Este espectáculo no puede verse con indiferencia. Los criminales son casi todos jóvenes imberbes: el cabecilla no pasa de diez y seis años; hay alguno de trece y es también de los principales. Pues bien, si la generación presente nos da tales niños, ¿qué hombres nos prepara? Y si las instituciones a que se le encomienda y confía han dado tal prueba de impotencia, ¿en dónde es preciso buscar la salvación?

Los hechos que han pasado en la isla de Levante no son hijos de una perversidad ordinaria. Que los chicos de una casa de corrección se amotinen, nos lo explicamos; que en un momento de exaltación y de furor den fuego a la prisión, del cual resulten víctimas, también se puede comprender; pero que estos muchachos hagan entrar cierto número de sus camaradas a un aposento preparado de antemano, donde han vertido toneles de aceite mineral para que arda instantáneamente; que colocados a la puerta vayan escogiendo una por una a las víctimas, dejando pasar a los unos, rechazando a los otros, diciéndoles para sus adentros: este ha de morir achicharrado, este otro no, y que después de completar el número siniestramente escogido se coloquen a la puerta, armados de cuchillos, para no dejar salir a nadie; que tengan preparado el combustible para dar fuego al horno, y que luego asistan fríamente a tan espantosa hecatombe; que escuchen impasibles esos gritos desgarradores que testigos avezados a la muerte, marinos familiarizados con los peligros y con los ayes y lamentos de la tempestad no pueden recordar sin estremecerse de los pies a la cabeza; que a la boca de este horno humano se coloque un niño de trece años navaja en mano para acuchillar a las víctimas que busquen su salvación, arrojando a las llamas a cuchilladas a otro desgraciado niño de su misma edad que pugna por escaparse y le pide compasión, es un hecho, un precedente que estaba reservado a nuestro siglo, para su vergüenza é ignominia.

Ningún interés excusa este crimen. Ciertamente que las víctimas eran llamadas espías por los asesinos; pero no hay hecho alguno que confirme las sospechas: el hecho es falso, y la prueba está en que hasta la sazón no había producido ni odio ni venganza. Los muchachos que han cometido el crimen son de diferentes edades y países: casi todas las provincias de Francia están representadas en ese horrible acontecimiento. El crimen no es resultado de un momento de extravío: ha sido profunda y cuidadosamente meditado, paciente llevado a cabo, sus autores han perseverado en él hasta el fin. Un hombre, amado por aquellos chicos, un hombre que no era ni su amo, ni su maestro, ni su carcelero quiso socorrer a las víctimas, y sólo por intentar, fué apaleado y arrojado a un foso, según su propia expresión, como quien arroja un leño. Diez y seis niños había en el tribunal, pero más de doscientos concurrieron al crimen dejando obrar a los demás, ó cooperando a él en un grado, que quizás no puede ser apreciado por la justicia humana. Por otra parte, el régimen del establecimiento era suave, el alimento bueno, el trabajo moderado y al aire libre; andamos buscando explicaciones, atenuaciones, excusas y no las hallamos, y ha sido preciso la resolución previa de los jurados de no enviar niños al cadalso para la admisión de circunstancias atenuantes.

En el mismo momento en que tales hechos se verifican, una escuela que cada día recluta nuevos adeptos intenta excluir la religión como inútil y eliminar del mundo a Dios, como una hipótesis de que las ciencias físicas y morales pueden prescindir. Ya no se trata de rechazar el ministerio sacerdotal del matrimonio, ni de

prohibir que llegue el Cura a la cabecera de los moribundos; se quiere excluir la religión misma de la educación, de la administración y de la política. Estas teorías nacen en las altas regiones del pensamiento, se explican en libros, se propagan en periódicos, y asociaciones misteriosas tratan de vulgarizarlas y reducir las a práctica.

Tienen en Francia protectores más ó menos francos y discípulos más ó menos iniciados en sus últimas fórmulas. Pero manifestándose unas veces y disimulándose otras, van abriéndose paso y descendiendo de las Academias a la juventud escolar y llegan por fin al pueblo. ¿Y con qué reemplazan los resortes de la religión que suprimen? ¿A qué móviles recurren para operar sobre esas criaturas cuya cuna es el crimen ó el vicio, y que educados desde la infancia en las cuatro paredes de una cárcel no temen ni la vergüenza ni el castigo? El cabecilla de los bandidos de la isla de Levante ha tenido por madre una mujer pública y por padre un ajusticiado. De esta manera se ha puesto de manifiesto a sus ojos la sociedad civil. Y con semejantes tradiciones ¿se cree posible convertirlos enviándolos a una escuela en que aprenda a leer y contar, y confiándolos a un maestro que tiene prisa por salir de la clase? Estos problemas solo puede resolverlos la religión católica; a estos males no hay otro remedio que los que la Iglesia nos suministra.

En España son todavía, a Dios gracias imposibles, y aun casi incomprensibles semejantes crímenes.

Por eso se dice que somos una nación tan atrasada.

## DESPACHOS TELEGRÁFICOS.

BERLÍN, 10.—El barón de Werthern, ministro que fué en Madrid, está designado para desempeñar igual cargo en Dresde.

Hace un mes que este apreciable diplomático se despidió de S. M. la Reina de España.

PARIS, 10.—La cotización oficial de hoy es la siguiente:

El 3 por 100 interior español, 51 7/8.

El 3 por 100 francés, 69-80.

El 4 1/2 por 100 francés, 93-75.

Consolidados ingleses, 90 7/8 a 91.

PARIS, 11.—La cotización oficial de hoy es la siguiente:

3 por 100 interior español, 51 5/4.

Consolidados ingleses, 91 1/8 a 1 1/4.

Fondos franceses:

El 3 por 100, 69-50.

El 4 1/2 por 100, 93-55.

Há aquí los tres cargos que comprende la acusación contra el presidente de los Estados Unidos:

1.º Que Mr. Johnson ha destituido los oficiales federales contrarios a su política.

2.º Que ha firmado la paz con el Sur sin consentimiento del Congreso.

3.º Que ha dispuesto sin dicho consentimiento de las presas hechas por mar y tierra.

El principal objeto de los radicales al entablar esta acusación es arrojarse de la presidencia a Mr. Johnson que les estorba.

Bien claramente lo dijo Butler, uno de los jefes de este partido, en un discurso pronunciado en el último otoño en Cincinnati.

El presidente, dijo, llamará en su auxilio, direis vosotros, las fuerzas militares y marítimas de la nación. Pues no le dejaremos tiempo para ello. La Cámara decretará su acusación y el Senado envía al instante sus agentes para traer al criminal, alto ó bajo, a la barra.

Si se reconoce culpable, se le condena al momento. Si no se reconoce culpable, el Senado puede ordenar su prisión ó exigir la caución. ¿Se puede creer que los autores de la Constitución hayan querido que un criminal llevado a la barra de una Cámara constituida en tribunal pueda permanecer en libertad durante su juicio? Y si el ejército obedeciendo al presidente, faltase a su deber constitucional, yo advierto aquí a Andrés Johnson que las organizaciones radicales sabrán arrestarle y hacer que se cumpla la ley.

## EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID, 12 DE ENERO DE 1867.

La segunda mitad del siglo XIX ha de ser muy fecunda en desengaños para los que han pasado la primera mitad del mismo abandonados a engañosas ilusiones, creyendo que la revolución había traído del cielo una vara mágica que con solo tocar las instituciones las mejoraría, que abría manantiales en las duras rocas, que atraería abundante maná sobre el pueblo, y que haciéndolos felices y rodeándonos de comodidades sin mezcla de mal, nos haría al propio tiempo justos y benéficos. Por desgracia ó por fortuna la ilusión se va desvaneciendo, y en muchos puntos se ha desvanecido ya, sin que los Dulcamaras consigan sostener con sus explicaciones la alucinación de los infelices que creyeron en su palabra.

No es nuestro ánimo aducir numerosos ejemplos, que por su misma abundancia y evidencia serían acaso inconvenientes, pero si debemos insistir en una idea que hace pocos días anunciamos con ocasión de las inundaciones de que estos últimos años han sido víctimas extensas comarcas de Europa, y señaladamente de España. Decíamos entonces, fundados en los datos y observaciones facultativas de un señor ingeniero de montes, D. Miguel Bosch, que no era ajena la que llamamos civilización moderna a las desgracias que lamentan las afligidas poblaciones. Nuestro siglo ensalza y enaltece con gran ruido las maravillas de la industria, cuenta con escrupulosa minuciosidad en sus estadísticas todo lo que pueda halagar nuestra vanidad; pero oculta las desgracias y cierra los ojos, cuando no el corazón, a las miserias y calamidades. Por esto decíamos que en la Exposición universal de París no se presentaría ninguna muestra de las inundaciones.

Hubo de parecer ridícula esta nuestra observación a un periódico de Valencia titulado *Las Provincias*, y ha querido defender a la civilización moderna del cargo que la hacíamos. Reconoce que a la tala de los montes debe atribuirse en buena parte la causa de las inundaciones, pero cree que esta es antigua, y que no tienen en ella culpa los que se han llamado adelantos del siglo, conclusiones de la ciencia económica, y principios hijos de la ilustración.

No negáremos que en pasados siglos se hubiera cometido algún error relativamente a la tala de los montes, pero si esto no negamos ni concedemos, nos atrevemos, si, a negar rotundamente que el mal no haya crecido en proporciones espantosas en los últimos años, y aseguramos que ha crecido precisamente por haberse aplicado los principios que estuvieron y han estado en boga hasta el momento en que era inútil reconocer su falsedad.

Ha sido uno de los temas que la llamada civilización ha mirado con más cariño desde el pasado siglo la desamortización civil y eclesiástica. Hoy la economía política dice que ventajosa ó perjudicial no debió hacerse, y las escuelas filosóficas afirman que el individuo, bien sólo, bien unido a otros, tiene derecho para adquirir y para conservar: a la asociación se la reconoce un derecho natural de adquirir, reprobándose por consiguiente cuanto se hizo contra las llamadas *manos muertas*. Pero ¿cosa rara! estas teorías no han prosperado, no han tenido secuelas entre los hombres de ciertas ideas, hasta que se había completado toda desamortización. En España, especialmente, parece que la economía política ha esperado la noticia de haberse vendido la última finca del clero, del municipio y de los pobres, para proclamar una teoría, que desnuda de no pocos defectos habían proclamado siempre los hombres de buena voluntad, aun los vulgares y apartados de la ciencia.

En la materia de que tratamos, ha contribuido indudablemente la desamortización a dejar en manos de particulares, ávidos de sacar de pronto gran producto de las fincas que compraban por un pedazo de pan, ó cuyos productos necesitaban para ir pagando los plazos del precio, inmensos montes que se han talado indiscretamente y se han destruido, sin considerar las consecuencias que podía traer su desaparición. Un particular no es de presumir que tenga tanta abnegación, que se prive de las ventajas de un desmonte, para evitar que otros estén más ó menos expuestos a inundaciones, y que deje de talar los bosques de las alturas en beneficio de los habitantes del llano. Lamentará su desgracia, pero si podía preverla, ni habiéndola previsto se habría creído obligado a ser el custodio y protector de los vecinos, a costa de su interés.

No sucede lo mismo con la corporación religiosa, ni con el municipio y el Estado. Ya por el espíritu de beneficencia y de caridad que animaba a aquellas, y que hizo fueran los primeros cultivadores de Europa en los siglos medios, ya por el menor interés de las otras corporaciones, ya finalmente porque el Estado se reconoce siempre con un deber de velar por el bien común, lo cierto es que los montes eran más respetados, se conservaban por regla general, y si se hubieran conocido los tristes efectos de su desaparición, habrían sido fomentados y sostenidos con especial solicitud.

Siempre que la comunidad necesite un auxilio al cual nadie viene expresamente obligado, sobre todo si este auxilio no es de todos los días, sino necesario solo en casos extraordinarios, y que favorece en pequeña parte a cada uno, no se espere recibirlo de un particular generoso, sino de una corporación ó de la caridad. Por más que se propague y vulgarece hoy la idea de que la existencia y aumento de los montes podría impedir nuevas inundaciones, no es de prever que muchos particulares se sacrifiquen en

beneficio de comarcas tal vez remotas. ¿De quien esto podría esperarse? De las comunidades religiosas si existiesen y fuesen propietarias.

Los que en otro tiempo cultivaron los terrenos yermos y poblaron las desiertas llanuras, los que desecaron los pantanos y civilizaron el mundo, los que se sacrificaban hasta derramar la sangre a ofrecer manos y pies a las cadenas del cautiverio en beneficio de sus semejantes, son los únicos que en cualquier tiempo y circunstancia antepondrían el bien ajeno al propio, a quienes los pueblos hallarían siempre dispuestos a emprender obras de provecho general. Los particulares que les han sustituido en la propiedad no lo harán jamás.

Se habla hoy de la iniciativa particular y de las maravillas del interés individual. Prevalce entre algunos la idea de que el Estado debe hacer poco, debe dejar hacer, dejar obrar. Supongamos exacta esta especie, que no es esta la ocasión de refutar, pero para que se pudiera aplicar sería preciso que se hubiera dejado en pie lo que la institución particular y la libertad individual habían hecho en una larga serie de siglos. A la iniciativa individual se debían los monasterios y sus propiedades, escuelas y sus rentas, hospitales y medios de conservarlas. Las necesidades que escitaron el interés de caridad de los particulares y movieron su iniciativa, subsisten, y acaso se han aumentado; los remedios se han hecho desaparecer de un golpe. ¿De qué sirve proclamar hoy la teoría si los hechos de ayer la destruyeron prácticamente?

La desamortización, tan ensalzada y glorificada, ha privado a los pueblos de unos propietarios que no lo eran para sí, sino en interés de los demás. Las propiedades han pasado a otras manos de las que no se puede esperar un beneficio que no sea también en provecho propio: si por talar un monte se expone una comarca a inundaciones, el particular lo lamentará, pero talará el monte, dejándose llevar por el interés individual.

La civilización, ó lo que se llama *civilización moderna*, ha herido de muerte los principios, pero sin que haya hecho cosa alguna en bien general, y para el provecho común: quiere cubrir sus faltas con el aumento de intereses materiales, pero tiene que ocultar muchas miserias para que estos mismos no se levanten contra ella.

Entre los varios decretos que ha publicado la *Gaceta* en la presente semana, hay dos que tienen verdadera importancia: pertenece el uno al dominio del derecho público eclesiástico, por lo que hace a España; el otro se refiere a uno de los muchos objetos que constituyen el campo de la administración.

Por el primero, expedido por el ministerio de Hacienda a propuesta del ministro del ramo, y de acuerdo con el de Gracia y Justicia y con el Nuncio de Su Santidad, se exceptúa de la venta la finca que, con el nombre de *huerta, campo anejo a las casas rectorales, iglesias, o manto u otro cualquiera*, hayan venido disfrutando y poseyendo gratuitamente los Párrocos para su comodidad y recreo, y para las necesidades de su casa; se declara lo que debe entenderse por los anteriores bienes, y se dan instrucciones para que los gobernadores, en unión de los señores Obispos cumplieren el decreto, procediendo con la mayor actividad y con la mayor armonía, para no perjudicar a la Iglesia y al Estado.

Como saben nuestros lectores, no es nueva la primera parte de la presente disposición. Ya en el art. 6.º del convenio celebrado en 25 de Agosto de 1859, entre el Gobierno de S. M. y la Santa Sede, con el objeto principalmente de conmutar los bienes eclesiásticos por inscripciones intransferibles de la deuda consolidada del 3 por 100, publicado como ley del reino en 4 de Abril de 1860, se enumeraban los edificios cuya propiedad debía retener la Iglesia y las demás fincas que, como aquellos, quedaban exentas de permutación; mas en la aplicación del citado artículo se tocaron dificultades que nacían de la diferente manera de interpretarlo que tenían los encargados de cumplirlo, y esas dificultades que en algunas diócesis produjeron conflictos, hacían necesaria una disposición que viniera a superar las primeras y a imposibilitar los segundos. Así lo declara el razonado preámbulo que al Real decreto precede.

El segundo, dado por el ministerio de la Gobernación, viene a derogar el publicado en 5 de Enero del año último, por el que se autorizaba al ministro de aquel departamento «para adquirir sin las formalidades de subasta el material telegráfico que exigiesen las eventualidades del servicio».

El decreto de 5 de Enero se dio en atención a las circunstancias en que se encontraba la nación en aquellos días, y debía ser transitorio



10

\_\_\_\_\_

\_\_\_\_\_

10

\_\_\_\_\_

10501.







